

JAIME GUZMAN

## Contraste político para meditar

Las elecciones verificadas esta semana en los Estados Unidos brindan un ángulo de reflexión que me parece especialmente oportuno para nosotros.

Se habla mucho hoy de la necesidad de encontrar un consenso mínimo en nuestra patria. Y aunque a veces tal concepto aparezca trajinado y hueco, él encierra una validez innegable.

Toda sociedad requiere y vive de ciertos principios y valores aceptados por el conjunto de sus integrantes. Principios y valores que no son cuestionados, al menos con relevancia política, y que configuran una *forma de vida* que *identifica* a ese cuerpo social.

La palabra "comunidad" trasunta precisamente eso. Una "común unidad". Es ésta el cimiento sólido sobre el cual resulta posible la discrepancia política sin que ella amenace destruir los pilares que sustentan la sociedad. Por el contrario, si el referido consenso social falta o se quiebra al punto de que *todo* —incluso las bases más esenciales de la sociedad— se coloca en tela de juicio por actores políticos significativos, la divergencia deriva fácilmente hacia la anarquía o la guerra civil.

Lo anterior resulta aun más gravitante para una sociedad que aspire a practicar una democracia política de corte occidental.

En efecto, la solidez de una democracia arranca precisamente de que las mayorías muevan el péndulo en forma moderada o evolutiva y no abrupta o de un extremo al otro. Que las elecciones decidan entre diversos criterios de *administración del Estado*, pero no entre *formas de vida* sustancialmente opuestas.

Quienes acaban de votar entre Reagan y Mondale sabían que los fundamentos de la convivencia norteamericana no estaban en juego porque triunfase uno u otro. O porque la mayoría congresal fuese demócrata o republicana, más liberal o más conservadora. No se trata de que no haya cuestiones importantes donde se discrepa.



Pero la magnitud de la divergencia no alcanza a comprometer el *american way of life* que la generalidad de los norteamericanos comparte y aprecia.

El hondo sentido religioso; el respeto a la libertad y dignidad del hombre como expresiones de la naturaleza con que Dios lo creó; la convicción de que las instituciones democráticas se deben a esos valores; la fe en la iniciativa y la propiedad privada como claves de una economía libre, y, en fin, la conciencia de que todo ello exige un claro anticomunismo, son algunos de los principios o realidades que todos entienden y honran en cuanto rasgos inherentes a *ser norteamericano*.

En ese cuadro, un alto abstencionismo electoral no acusa falta de conciencia cívica, sino que constata la evidencia de que el ciudadano medio no siente comprometido en esas elecciones lo más vital de su destino.

Cuando, en cambio, las personas votan y regresan a sus hogares a esperar angustiadas si, al día siguiente, amanecerán en un país de corte occidental o en una nación de signo marxista, estamos frente a una inequívoca debilidad de esa democracia, que ha llegado al límite de no ser capaz de autosustentarse.

¿No es exactamente esto lo que los chilenos vivimos en 1958, en 1964 y en 1970? Ignorarlo o no entenderlo lleva a algunos a estimar que la democracia chilena se quebró el 11 de septiembre de 1973, sin percibir que ese día fue —al revés— la indispensable reacción ante un sistema democrático ya destruido previamente.

Conclusión para reflexionarla en contraste con la realidad norteamericana. Y también en advertencia frente a toda actitud que tienda a polarizar nuestro escenario político hacia extremos de signos opuestos, dificultando así el consenso mínimo que Chile requiere reconstruir con generosidad y realismo.

FISA 1984

## Supermercado de la inversión

□ Expositores pusieron énfasis en los bienes de capital destinados a la sustitución de importaciones.

"La ciudad se engalanó y una gran agitación se apoderó de la muchedumbre que acudió al día de la inauguración. El presidente de la República, rodeado de sus ministros, apretó un botón y todas las máquinas a vapor se pusieron en movimiento, ante el horror y el asombro de todos." De esta forma describe Benjamín Vicuña Mackenna, en 1869, los entretelones de la primera exposición agrícola ganadera industrial que se realizó en el país, donde hoy está precisamente la calle Exposición. Y nadie mejor que él para narrar la experiencia, ya que, como secretario general de la Sociedad Nacional de Agricultura (SNA) de la época, fue su principal organizador.

Desde su creación, hace 115 años, la muestra, organizada por la SNA, sólo en una oportunidad no abrió sus puertas. Fue en 1891, a raíz de la revolución contra el entonces presidente José Manuel Balmaceda. Salvo esa ocasión, la feria ha mantenido, "contra viento y marea", una tradición



La Feria cumple con su objetivo central: constituirse en un centro de exposición de productos, maquinarias y equipos y de contacto de negocios.

DJ6  
ERCILLA  
1984